
El morir cristiano

*Alfonso Llano Escobar, S.J.**

La Declaración de los Derechos del Paciente hecha por la Asociación Médica Mundial en Lisboa, Portugal, en 1981, dice en su artículo final: “El paciente tiene derecho a recibir o rechazar la asistencia espiritual y moral, en particular, la de un ministro de su religión”.

No cabe, pues, duda, del derecho que asiste a todo paciente de recibir atención espontánea, cuánto más, solicitada, sea psicológica, espiritual o moral durante su enfermedad.

Cada sacerdote, pastor, rabino o ministro de cualquier religión, deberá hacer a sus fieles y seguidores una interpretación religiosa de la muerte y, consecuentemente, deberá ofrecerles una asistencia espiritual en su enfermedad y muerte.

Como a sacerdote católico y asesor espiritual de pacientes terminales se nos pidió hacer una interpretación cristiana de la muerte para ayudar a los lectores católicos a asumir cristianamente su existencia, vale decir, a ir configurando su muerte a la muerte de quien se hizo hombre precisamente para enseñarnos a morir, Jesús, el Hijo de Dios.

* Doctor en filosofía, Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Doctor en Teología Moral, Instituto Alfonsiano de Roma. Jefe del programa de Ética Médica de la Asociación Colombiana de Facultades de Medicina (ASCOFAME) y director del Centro de Ética Médica de la misma institución (CEMA).

1. Aproximación al tema

“La vida se entiende a partir de la muerte, afirma Guido Davanzo en su bella obra *El Sufrimiento*¹.

De aquí la importancia de meditar sobre la muerte para tratar de desentrañar su sentido a la luz de la fe en la muerte de Jesús, ya que ella nos ayudará a alcanzar una comprensión más acertada y profunda de la existencia humana.

Comúnmente por muerte se entiende terminación de la vida. Con todo, lo propio de la vida es que viva, y se esperaría que, en virtud de ella misma, la vida fuera inmortal. Por ello, si esta vida es mortal, habría que preguntar, más bien, de dónde le viene su *mortalidad* y así podremos entender a qué clase de terminación o muerte está sometida tal vida.

Dios es, Dios vive, Dios posee la plenitud de la vida. Es inmortal. Es, por lo mismo, no sólo la fuente única de vida sino en particular, de inmortalidad, o más exactamente, de vida inmortal. De ser mortal, no sería Dios, o no moriría en cuanto Dios. Habría algo o alguien que podría vencerlo, destruirlo, *matarlo*. Sencillamente, Dios es, Dios vive eternamente.

En cambio todo ser biológico (planta, animal, hombre) está sometido al ciclo vital que consiste en nacer, crecer y morir. Su mortalidad no le viene de Dios, sino del tipo o clase de vida que no es divina sino contingente, limitada, ¡mortal!

La filosofía, apoyada cada vez en la biología actual, ha entendido, hoy más que nunca, que la muerte no es solo un instante, sino ante todo un principio dialéctico, interior a la misma vida, *coetáneo* con ella, que la cuestiona -a la vida- desde dentro, la tensiona, la potencializa y la pone en continua situación de defenderse, dejándose vencer por ella -la vida- mientras vive, hasta lograr finalmente ganarle la pelea -muerte-. La muerte, así entendida, constituye el símbolo más visible y real de la limitación y fragilidad de la vida creada, que no es la de Dios, sino de *estrellas fugaces*, que alumbramos por un instante, para luego desaparecer.

Por este doble motivo, porque la muerte es proceso y por exigir una actitud activa

¹ Davanzo, Guido. *El Sufrimiento*. Número 17 de la Colección Selare Editores: Centro Camiliano de Pastoral, Bogotá 1989, p. 52.

de parte de la vida para no ser vencida, hemos preferido titular y desarrollar nuestro tema, no como la muerte -un instante- sino como el morir, -un proceso largo, doloroso, luchado, que exige de nosotros una actitud valiente de combate.

2. El morir humano

A diferencia de la *muerte* de las cosas, -un automóvil, un edificio, una ciudad- y de la muerte del roble, del perro, -que nos parece normal, natural- el morir del ser humano, dada la intuición innata de su inmortalidad, se nos antoja anti-natural, contradictoria, absurda. No deberíamos morir. Si aceptamos tener que morir lo hacemos doblegados por la fuerza de los hechos: todos, sin excepción, los que nos precedieron, ¡murieron!

Es un hecho: el morir humano es ambivalente. Tenemos que morir, dado nuestro componente básico, primordial: el componente biológico. Pero, al mismo tiempo, percibimos, dado nuestro componente espiritual, del cual tenemos conciencia inmediata, esperamos no morir, tenemos un cierto derecho a la inmortalidad. Por eso, la muerte se nos representa como la violación de nuestro mayor derecho, el derecho a vivir, y de un derecho, que pensamos consecuente, a la inmortalidad.

Curiosamente, y en forma también contradictoria, si por una parte el hombre de la calle, que todos llevamos dentro, trata de disimular y aun de esconder inútilmente la muerte, “por primera vez, en la filosofía coetánea, -el filósofo que también todos llevamos dentro- el fenómeno de la muerte ha pasado a ser objeto central de globales sistemas filosóficos”².

3. Diversidad de formas del morir humano

Dejando a un lado el hecho, ya aludido, de las diversas clases de muerte según las diversas clases de vida, limitaremos nuestra reflexión al morir humano.

Afirmamos, entonces, que, a pesar de la aparente igualdad del morir humano -nos parecería que ante el hecho terrible de tener que morir, las formas como de hecho

² H. Holtz, en el artículo *Muerte*, que aparece en *Conceptos Fundamentales de Filosofía*, Editores H. Krings, H. Baumgartner, Chr. Wild y otros. T. II, p. 590, Herder, Barcelona, 1978.

se muere resultarían accidentales- afirmamos entonces que va mucho, muchísimo de un morir a otro, de seres humanos, no ya atendiendo al tipo de causa de la muerte biológica -accidente, enfermedad, vejez- sino teniendo en cuenta la interpretación que hagamos o aceptemos de la muerte y consecuentemente, de la actitud que tomemos frente a dicho proceso devastador. De esta actitud dependerá, en último término, el que venzamos -y prevalezca así definitivamente la vida- o seamos vencidos por ella -y entremos a una muerte definitiva-.

4. ¿Se puede ignorar la muerte?

Hagámosle frente, cuanto antes, a esta pregunta crucial, ya que a todos nos interesa y determina, en muy buena parte, si vale la pena ocuparnos de nuestro morir o podemos echarlo a las espaldas.

Es un hecho: tiende a generalizarse la actitud de ignorar la muerte, obviamente, la propia, el propio proceso de morir. ¿Es posible tal actitud?

Ante los hechos, la duda desaparece. Son millares las personas que se despreocupan de su propia muerte, que no quieren saber nada de ella y que expresamente le piden a su médico que les calle las causas de su mal y que les oculte la dura verdad.

Pero aquí salta a la vista una pregunta más importante: ¿Qué conseguimos con tal silencio? Con ignorar nuestra muerte, ¿se resuelve el problema central y radical de la existencia humana? ¿Lo eliminamos? ¿O, más bien, le damos una falsa solución?

Cuando queremos liberarnos de un problema real -no imaginario- no lo resuelve su negación sino su planteamiento y su valiente solución.

Resultaría muy cómodo y fácil poder resolverlo, tanto mejor si es grave, ignorándolo y sacándolo del campo de la conciencia. Pero la experiencia nos enseña que no se resuelven así los problemas, antes se agravan, sin nunca hallar solución.

5. El carácter decisorio de la existencia humana

Se preguntará usted, con cierta extrañeza: ¿qué pasa en la muerte, que reclama tanta atención?

Ya hemos dicho que no podemos descomponer la existencia humana, tan simplemente, en dos hechos, radicalmente distintos en tiempo y contenido: la vida y la muerte. Tenemos que habituarnos a entenderlos como dos principios reales, coetáneos y coexistentes, contrarios y dialécticos, que explican nuestra fragilidad y nuestra permanente conflictividad interior.

Pero lo que más cuenta para comprender en profundidad la vida humana, su sentido y su trascendencia, es captar el carácter decisivo de nuestra existencia humana, que termina con la muerte final: sólo así se logrará tomar en serio el presente, cuando no sólo creamos, sino cuando aceptemos nuestro propio proceso de morir; más aún: cuando caigamos en la cuenta de que en esta vida, con nuestros actos, y en forma irrepetible e irrevocable, tenemos que decidir de lo que somos y seremos por toda la eternidad. Entonces, y sólo entonces, las cosas cambiarán y adquiriremos el sentido oculto pero inteligible y formidable de responsabilidad.

6. Se impone recuperar la muerte

Ya hemos desarrollado, en otras ocasiones, el tema, o mejor, el hecho lamentable que hemos dado en llamar: *el robo* de nuestra muerte, dando a entender con esta expresión simbólica, el manejo, por parte de la medicina moderna, de nuestro proceso de morir. Tal manipulación se suele cumplir, salvo honrosas excepciones, en la hospitalización, -con todos los hechos, aparatos y personas que intervienen en ella- durante la cual nos despojan, de hecho, de nuestro sagrado derecho a morir nuestra propia muerte.

Se impone tomar conciencia de la importancia que le da a nuestra vida, la actitud que tomemos frente a nuestra muerte, para tomar, luego, conciencia de la imperiosa necesidad de recuperar el ejercicio de nuestro derecho y deber de morir como seres humanos -¡y no como plantas o animales!- O peor aún, ya que ellos no gozan de conciencia ni de posibilidad de inmortalidad.

En otras palabras, -despojándonos, de entrada- del aparente sabor a masoquismo, a que puedan dar lugar-, tenemos que vivir nuestra propia muerte, tenemos que recuperar nuestro propio y personal proceso de morir, para entrar, de nuevo, en él, para iluminarlo, llenándolo de sentido, de luz y de inmortalidad.

Hay que ayudar al enfermo, tal como lo expresó Rilke, “a morir su propia muerte”³.

7. ¿Qué es la muerte? o ¿cómo se debe morir?

¿Cuál es la pregunta clave, para nosotros? ¿Qué nos importa más, saber: en qué consiste la muerte o entender su más allá para saber cómo morir? Lo cual equivale, en el fondo, a preguntarnos, ¿qué nos interesa más: que nos despeje el médico *el más acá* de la muerte, o que nos revele la Palabra de Dios su *más allá*? entonces, ¿cómo morir?

Están tan relacionadas estas dos últimas preguntas que, aprenderemos a morir el día en que entendamos su trascendencia o más allá.

Con todo, conviene aclarar, que el tema rebasa, con mucho, nuestra fuerzas y los alcances humanos de nuestra reflexión. Si nos ponemos a darles respuesta por nuestra cuenta, no sólo perdemos el tiempo, sino que, corremos el peligro de teorizar inútilmente; y, en asunto tan importante, conviene acertar y no cavilar.

Concretando: nos conviene más conocer la explicación cristiana de la muerte que la científica que nos pueda dar el médico, ya que la explicación cristiana nos enseña cómo debemos morir.

Desde el punto de vista cristiano, y este es nuestro enfoque, ya manifiesto desde el título del presente capítulo, tenemos que responder que ya Alguien, un Hombre en la Historia, -el Hombre que dividió la historia en: antes y después de él -nos enseñó a morir, revelándonos, con ello, el sentido último de la vida y, de la muerte, su hondo sentido, su divina significación.

8. “Jesús descendió a los infiernos”

Así lo confesamos, al recitar, en español, el Credo cristiano.

Quizás, este sea, entre todos los artículos de nuestra fe, el más extraño a la

³ Citado por Paul Sporken, en su obra *Ayudando a morir*, Edit. Sal Terrae, Santander, España, 1979, p. 29.

conciencia moderna: Jesús, el hijo de María y de Dios, ¡descendió a los infiernos!

Empecemos aclarando que esta frase contiene una equivocada y desafortunada traducción de la fórmula latina: *descendit ad inferos*. Con el sentido, no con la letra de esta fórmula, la comunidad cristiana viene confesando desde los comienzos del cristianismo algo cierto y denso de misterio, dentro de la concepción del antiguo judaísmo, a saber, que Jesús murió. Los judíos, para decir que un ser humano, bueno o malo, había muerto, decían *descendió al sheol*, -el sheol equivalente al *hades* de los griegos, que ya aparece en la Ilíada, de Homero- lugar impreciso con el que los judíos designaban el estado, común para buenos y malos, en ultratumba, de los muertos. Lo que nos quiere dar a entender y a creer esta expresión es simple pero terrible, a saber: ¡que Jesús, de veras, murió!

Todos, querámoslo o no, nos hacemos una imagen de Dios y de la muerte. Precisamente, la forma como murió Jesús corrige, o mejor, ya que se trata más de una sustitución que de una simple corrección, nos revela al único y verdadero Dios en acción, vale decir, en relación con el hombre, y la única y válida forma de morir para el hombre que quiera acercarse a Dios.

Y diciendo esto, decimos el factor clave para entender cristianamente la muerte: que la actitud que tomemos ante la existencia humana en su doble dimensión, el vivir y el morir, no solo revela nuestra propia concepción de Dios sino que decide, en forma definitiva, ¡nuestra eterna relación con él!

9. ¿En qué consistió el morir de Jesús?

Todos, llevados por nuestra frágil y limitada imaginación, nos imaginamos un dios fácil, un dios paternalista, que no es por supuesto, el verdadero Dios. A todos se nos ocurre que, una vez que empezamos a vivir, esta es la única vida, y que no existe otra más. Y si somos creyentes, que el papel de ese buen dios que imaginamos, se concreta en conservar, mejorar y defender esta vida actual: la nuestra y la de nuestros seres queridos. Y aquí se pone a prueba nuestra imagen de dios. La enfermedad y la muerte van a poner a prueba la bondad y aun la existencia de este buen dios.

La existencia de Jesús, en todos y cada uno de los pasos y manifestaciones de su auténtico vivir y morir, constituyó una continua revelación de su concepción de Dios y de la naturaleza de la misma existencia humana. Ser hombre consiste en ir

descubriendo la propia relación con Dios, y desde aquí, entender la relación con los demás y ¡cumplir ambas, a cabalidad!

Así fue como Jesús, a través de todo su denso vivir y morir, nos fue revelando la imagen del verdadero Dios y el sentido radical de la existencia humana. Se nos da esta vida actual como única oportunidad para conocer a Dios. Su sentido y su única razón de ser se puede resumir, tal como lo demostró Jesús, en adorar y servir a Dios, amando y sirviendo a los demás

Pero el final de Jesús reveló una faz de Dios que muy poco o nada había sido revelada en el antiguo judaísmo ni en otras existencias humanas: *el silencio de Dios, un silencio, entendido no solo como no hablar, sino como indiferencia, insensibilidad, peor aún, como un no actuar ante el abandono y la impotencia del hombre en su aflicción.*

Y lo más importante, lo propio del cristianismo consiste precisamente en enseñar que, “según la revelación hecha por Jesús, conviene que el hombre sufra este silencio de Dios, sin dudar de él, para ser recibido definitivamente por él, en su seno eterno, que solemos llamar, el cielo”.

10. El silencio de Dios

¡Qué otra cosa quisiéramos que un Dios bonachón y conversador, sensible y al alcance de nuestros sentidos, que sembrara nuestro camino de rosas, de vida y no de muerte, de luces y no de sombras y oscuridad!

De paso, observe que la mayoría de nuestros desenfoces y equivocaciones sobre Dios, nacen de tomar esta existencia actual por la vida única y definitiva. Esto nos lleva a tomar a Dios por un dios fácil, definitivo; de meta y final, y no de camino y peregrinación.

Pero la revelación nos enseña a un Dios muy distinto: silencioso y peregrinante con nosotros.

Pocas veces he leído en un teólogo una frase más misteriosa y cristiana que ésta del gran teólogo católico Joseph Ratzinger cuando escribió: *Sólo si experimentamos a Dios como silencio, podremos esperar un día escucharlo como palabra, que nace*

*precisamente del silencio de Dios*⁴.

Nos parece entrever en esta profunda expresión una formulación teológica de la afirmación que hiciera Jesús a los discípulos de Emaús: “¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo ésto *para* entrar en la Gloria de Dios?”⁵.

Soy consciente de que la fe habla un idioma singular, el idioma de Jesús, solo inteligible *si cambiamos de canal*, si prendemos el canal de la fe.

Mucho se nos ha dicho, máxime en la renovación litúrgica de los últimos años que Dios habla, que escuchemos atentos la Palabra de Dios en la Misa, y en todas las reuniones litúrgicas. *En cambio, pocas, quizás ninguna, se nos ha dicho ni explicado que Dios calla, que nos conviene prestar atención a los silencios de Dios, que se impone con absoluta necesidad, OIR el silencio de Dios, no menos que su Palabra.* Curiosamente, el silencio de Dios, más que su Palabra, requiere de nosotros un delicado, difícil y heroico ejercicio de fe. Creer en Dios cuando nos habla, cuando lo sentimos, lo vemos actuar, es cierto, requiere de nosotros fe, pero una fe que no nos resulta especialmente difícil, heroica, especial. Pero, creer en él cuando calla, peor aún, cuando se nos antoja indiferente, insensible, alejado y de espaldas a nuestra aflicción y a nuestro morir, ya es capítulo aparte de nuestra fe.

Es curioso, pero cuando nos visita la prueba todos nos quejamos de la falta de amor de Dios, y nos olvidamos de que Jesús, a través de toda su vida, pero, sobre todo, en su amargo morir, experimentó -hasta causarle la muerte- una especie de infierno -no aquél que se imaginó la sensiblería medioeval, con diablos y tridentes por doquier- sino la ausencia, el vacío, el abandono de Dios.

Nos quejamos porque creemos, contra la diaria experiencia, que nuestra muerte propia, o la de un ser querido, acontece sólo a nosotros. ¿Por qué sólo a mi? Oímos con tanta frecuencia lamentarse, cuando un creyente pierde a un familiar cercano, sin caer en la cuenta de que si muchos lo dicen ya no soy yo solo, sino todos y cada uno, lo cual revela el carácter de exclusividad, de intransferencia y de absoluta soledad que experimenta el hombre al morir.

⁴ Joseph Ratzinger en *Introducción al Cristianismo*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1970, p. 258.

⁵ Cfr. *Evangelio de S. Lucas* 24, 26.

El silencio de Dios ¡Curiosa antinomia! Si algo entendemos por Dios es vida y, si algo ofrece la vida, es precisamente ésto: vitalidad, exuberancia, diálogo, comunicación. Un Dios que no hable se nos antoja que no es Dios. Si algo bueno nos imaginamos de Dios, en especial si es bueno según nuestros parámetros de bondad, es que se ponga a favor de la vida, que no vaya a tocar nuestra vida biológica personal ni la de nuestros seres queridos. Y le exigimos cuando sufrimos, precisamente para creer en él y porque queremos creer en él, que no nos deje solos, que nos hable y consuele, que se haga sentir, puesto que es vida, es amor. Y sucede precisamente todo lo contrario: que calla, que deja avanzar la enfermedad y los hechos físicos y morales que nos van matando poco a poco y poniendo a prueba nuestra fe.

Sucede que se ha extinguido la llama en la que parecía hablarnos Dios. Ha muerto el Enviado de Dios. Y dada su identidad con Dios, dado que es el Hijo de Dios Padre, su muerte equivale, a la hora de la verdad, a la muerte de Dios sentida, experimentada, vivida.

“¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” clamaba el mismo Jesucristo en el madero de la cruz⁶.

Le recuerdo que Jesús, desde niño alimentó su oración, vale decir, su habitual relación con Dios, con la recitación de los salmos de David, que aprendiera de labios de sus padres, y que esta exclamación: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, recoge el inicio del salmo 22. Le recuerdo, además, ya que es necesario, que esta oración, que expresa el ocultamiento, termina alabando la grandeza de Dios.

11. La soledad del hombre en su morir

El silencio de Dios se conjuga con el silencio de los parientes y amigos, para hacer de la muerte la experiencia más singular y exclusiva del ser humano: la absoluta soledad.

“Una cosa es cierta: existe la noche de la muerte, en cuyo abandono no penetra

⁶ Cfr. *Evangelio de S. Mateo* 27, 46.

ninguna voz; existe una puerta de la muerte, por la que pasamos a solas”⁷.

Nadie puede entrar en lo más íntimo de otra persona. Si esto suele afirmarse de las relaciones humanas mientras vivimos, adquiere especial verdad cuando lo afirmamos de la muerte. Entonces vale mucho más. Allí es donde se da, se vive y se sufre la íntima, la absoluta soledad. Entonces, *cuando nos vamos definitivamente* ya no vale, no se oye ni se siente al psiquiatra, al médico, a la enfermera, ni siquiera al sacerdote. Peor aún: sentimos que se nos van de nuestras manos, de nuestra vista, de nuestra presencia, los familiares, los amigos, el mismo Dios. A la muerte se entra solo, y esta soledad, este caer en el vacío total constituye la esencia de la muerte, la explicitación y la verificación de ese miedo que todos traemos cuando nacemos y que va creciendo con nosotros, hasta agudizarse y convertirse en realidad, no de la muerte abstracta, sino de nuestra muerte, de mi muerte: el vacío total, la presencia vivida, gustada, experimentada hasta la muerte de nuestra propia muerte, de nuestra propia nada.

Ahora se comprende mejor por qué los antiguos judíos designaban con el mismo nombre *sheol* tanto la muerte como el infierno; al fin de cuentas, eran lo mismo para ellos; quien experimenta la muerte, *es como si entrara*, hoy cristianamente diríamos, al infierno. En lo más profundo de nuestra existencia, desde la cuna, mora un oculto infierno, no la presencia de los demás, como quería absurdamente Sartre, sino al contrario, la soledad absoluta, que en vida es apenas intuida, temida, medio experimentada, pero que sólo en la muerte y, con la muerte, se vuelve realidad.

12. Resumiendo

Resumiendo lo dicho hasta aquí, -lo que podríamos llamar, la cara dura del morir humano, y antes de pasar a la segunda parte, su sello amable, invisible e interior, podemos decir que Jesús debió afrontar al final de su vida, el aspecto más doloroso del morir humano: la soledad. La piedad se encargó, ya en los primeros siglos del cristianismo, de poner un velo sobre su desnudez y con él, sobre su misma muerte, que históricamente fue tan dolorosa y horrenda, que espantó a amigos y enemigos, a seguidores y perseguidores, hasta el punto de que éstos, por largo tiempo, no se atrevieron a pensar ni a representar a Jesucristo en la cruz. Se necesitó que pasaran varios siglos, para que los cristianos, tal vez en tiempos del Emperador Constantino

⁷ Ratzinger, *Ibidem*, p. 262.

y de su piadosa madre, Santa Elena, empezaran a venerar la cruz y a representarse a Jesús muriendo en ella. Resumiendo en otra forma, no dudamos afirmar que lo más doloroso de la muerte de Jesús fue la soledad, el silencio de Dios y la distancia de los hombres.

13. La otra cara de la cruz

Pero con lo que llevamos, no está todo dicho. -Obviamente que tampoco con lo que diremos, ya que se trata del misterio central del cristianismo, que nunca podremos agotar-Con todo, el amor no permite callar.

¿Qué nos falta por ver? La otra cara de la cruz, su sello oculto pero revelador, a saber, la actitud interior con que soportó su soledad. Estamos habituados a llamar el morir de Cristo, la *pasión*, dando a entender con ello, todo lo que padeció. Y no prestamos suficiente atención a la actitud interior que Jesús observó a través de tan dolorosa pasión, lo que llamaremos su *acción* -contrapuesta a su pasión- la forma como actuó, como sufrió, como asumió su muerte. Tratemos de desentrañar esta otra cara de la cruz.

14. La fe de Jesús

Por siglos se calló algo que hoy resulta evidente para los teólogos, confirmado suficientemente con las fuentes mismas de la revelación. Nos referimos al silencio sobre la fe de Jesús. Tal silencio se debió, como es posible, al énfasis que se venía haciendo en los últimos siglos, en la divinidad de Jesús, que vino casi a opacar su humanidad.

Hoy no sólo la teología, sino todo hombre moderno, se ha vuelto más sensible a su propia autonomía y a la dimensión humana de Jesús. Con ello se está redescubriendo un filón fabuloso para nuestra vida interior: qué bello, qué consolador resulta confesar que Jesús *creyó* en Dios, Padre con todas las dificultades, los heroísmos, los desarrollos y vicisitudes que implica la fe del hombre-peregrino en Dios, su confidente y su destino final.

La famosa Carta a los Hebreos, atribuida un tiempo a San Pablo, llama textualmente a Jesús *pionero y consumidor de nuestra fe*⁸.

⁸ Cfr. *Carta a los Hebreos*, (del Nuevo Testamento) cap. 12, verso 2.

Pionero porque nos precedió con el ejemplo y posibilitó así nuestra fe. Consumador, porque le da sentido a nuestra fe y la lleva a su perfección.

Jesús fue un hombre de fe. Desde su infancia fue educado por sus padres, María y José, en la fe judía de sus mayores. En ella fue creciendo hasta llegar a su plenitud y madurez en la vida pública y en su sublime morir. Y por eso el autor de la Carta a los Hebreos lo llama pionero y consumador de nuestra fe, ya que le da inicio y consumación.

Jesús creyó en Dios. Lo trató como Padre y puso en él un amor y una confianza total. Y en vez de dudar del amor de su Padre cuando la suerte le era adversa, vale decir, desde la cuna de Belén hasta el calvario, Jesús creyó en su Padre, vale decir, se fío de él, acató su voluntad, lo respetó, y le obedeció hasta la muerte y una muerte de cruz.

Lo bello entonces, del morir de Jesús, es la dulzura inquebrantable que demostró en su relación interior con su Padre, aún en los momentos más oscuros de su final en el Huerto de los Olivos y en la cruz.

15. Jesús nos reveló al verdadero Dios

Antes de Jesús, Dios era para los filósofos un principio creador, un Júpiter tonante, un Zeus lejano que poco o nada se ocupaban de los problemas de los mortales. Para los creyentes, Dios no pasaba de ser un Dios ausente, en quien, cuando más, se podía confiar para superar los males presentes, pero no precisamente la muerte final.

Pero a partir de la muerte de Jesús, Dios se convirtió y se reveló como Padre que no nos deja nunca y menos cuando vamos a enfrentar el trance final.

No temas, yo estoy contigo fue la promesa que hizo Dios a los profetas, y que se cumplió a la perfección en el Mesías, el enviado de Dios, Jesucristo. Dios, a su manera, que es sutil y casual para dejar un margen a la fe, Dios es superior a todos nuestros enemigos, a todos nuestros males y a la misma muerte. En la fe de Jesús se cumple el dicho del Cantar de los Cantares: *El amor es más fuerte que la muerte*⁹. Esta verdad, entendida a partir de la muerte de Jesús, significa que la fe nos hace

⁹ *El Cantar de los Cantares*, 8, 6.

partícipes del poder misericordioso y omnipotente de Dios sobre la misma muerte y precisamente nos ayuda a atravesarla incólumes, a superarla llegando hasta El. Con lo que la muerte queda vencida. “¿Dónde está, ¡oh muerte! tu victoria, dónde, tu aguijón?”, exclama San Pablo.

Ha quedado vencida con la muerte de Jesús. El infierno, de que hablamos antes, queda superado. Ya no existe la muerte antigua que antes era el infierno. ¡Con su muerte Jesús mató la muerte!

16. Resurrección y glorificación de Jesús

La *acción* de Jesús, su actitud interior de fe a través de toda su pasión, agradó infinitamente al Padre que presenciaba todo y, desde su silencio, ayudaba a morir a Jesús. Tal actitud fue una actitud completamente nueva, original, *revolucionaria* en el sentido más radical de esta palabra. La muerte de Jesús cambió la historia, mejor aún, le dio sentido, la sacó del mito del eterno retorno y la abrió, ahora sí, a la inmortalidad, es decir, la participación de la vida de Dios.

En su muerte Jesús es asumido por Dios, es glorificado y exaltado, es acogido en la vida de Dios y constituido Hijo de Dios. El silencio de Dios se convirtió ahora en Palabra eterna, en grito inmortal que resuena en cielo, tierra y mar.

Jesús de veras murió, muerte que afectó no sólo a Jesús sino a la realidad universal. Murió a su vida biológica y temporal, y pasó a Dios -resucitar no significa volver atrás, re-tomar la vida biológica anterior, como en el caso de Lázaro o de la reanimación que a veces logran los médicos- y pasó a Dios, fue acogido por el Padre y regalado con la plenitud de la vida de Dios. Dado el misterio de la nueva vida de Cristo los evangelistas hacen un esfuerzo por representarla con diversos nombres: resurrección, exaltación, ascensión, glorificación, varias acciones o imágenes que no pasan de ser una limitada aproximación a la realidad inagotable de la nueva vida de Cristo.

Y no podía ser de otro modo. Dios-Padre no podía dejarse vencer en generosidad. La respuesta del padre a la fe del Hijo se traduce ahora en glorificación para compensar la humillación; en vida para retribuirle la muerte. en ascensión para contrarrestar su descenso y caída en la abyección.

Aquí se condensa la esencia del verdadero amor. El amor de Dios-Padre a su Hijo lo transforma a través de la muerte y lo hace inmortal. El amor crea, transforma, eleva al amado hasta la perfección.

El anhelo del amor humano de interminable duración no pasa de ser dulce ilusión. El amor humano sólo es durable, cuando no se apoya en sí mismo sino pone toda su confianza en la omnipotencia de Dios.

Cuántas veces, al presenciar y oír el compromiso de unos novios, no puede uno menos de dudar, cuando responden fácil y afirmativamente a la interrogación del celebrante que les pregunta: "Al elegir el estado del matrimonio, están dispuestos a amarse y respetarse todos los días de su vida?" ¡Cuántas veces, a la vuelta de treinta, veinte, diez, o sólo, uno o dos años, cuántas parejas, que se habían jurado amor eterno, no terminan en separación y en divorcio vincular! El amor humano es muy frágil, muy efímero, casi habría que decir, muy mentiroso. ¡Sólo la fe nos revela nuestra fragilidad y nos enseña el verdadero amor, el que viene de Dios y se fortifica con la gracia de Dios. ¡El amor que nos hace más fuertes que la muerte!

17. Jesús cambió la forma del morir humano

La fe no impone ninguna obligación. Es invitación a la generosidad. Así lo fue la fe de Jesús; de aquí su mérito y su grandeza. Jesús nos invita a creer. La fe de Jesús transformó la manera de morir. Es cierto que la muerte de Jesús fue horrorosa, y por mucho que los poetas, los filósofos y los creyentes hablemos de ella y nos esforcemos por idealizarla, la realidad de su muerte y nuestra muerte, cuando nos toque, como la de un ser querido, seguirá siendo la realidad más amarga, la experiencia más extrema de soledad, la prueba última de nuestra fe en Dios.

Pero lo que sí importa es conocer el hecho histórico de la muerte de Jesús para procurar imitarla, no tratando de darle a nuestra muerte, desde fuera, un carácter formal, artificial o moral, sino desde dentro, mediante la fe, aceptando nuestra transformación en Cristo que nos convierte en partícipes de su filiación y, por lo tanto, de su muerte y resurrección.

Con ello estamos diciendo que la forma de morir quedó cambiada radicalmente por Cristo. El nos invita a vivirla, a hacerle frente, a darle sentido, asumiéndola, tomando frente a ella, o con mayor propiedad, frente a Dios, una actitud de fe, de aceptación, cuando ya no podamos seguir resistiéndonos a ella, hasta el momento

supremo, que puede ser hoy, diciéndole con anticipación, a una con Jesús: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*¹⁰.

18. Permítame que le enseñe a llevar su dolor

Ordinariamente, el dolor, en todas sus formas, acompaña nuestro diario vivir, pero de manera especial, nuestro largo morir. Si es creyente, procure serlo de veras. Permítame que le enseñe a llevar su dolor.

Frente al dolor se ha producido en este siglo un cambio significativo, de grandes consecuencias. Veamos.

En siglos pasados, el hombre miraba el dolor con cierto fatalismo y resignación. El dolor constituía un elemento dialéctico, inseparable de la vida humana, desde su amanecer.

No faltaban quienes dentro del cristianismo asociaban el dolor con el castigo de Dios; con lo cual lo aumentaban. Pero aún así, lo aceptaban con humilde sumisión, inspirados en la actitud valiente de Job: “ Dios me los dio (los hijos y la fortuna), Dios me los quitó. ¡Sea bendito el nombre del señor!”¹¹.

19. Ni rechazo neurótico ni búsqueda masoquista

La mentalidad moderna se coloca de frente al dolor como ante un dato puramente existencial, negativo, absurdo, del cual es imposible buscar el sentido. Se trata de derrotarlo con la ayuda de los hombres de ciencia. Por eso le declara la guerra total. Asume frente a él, o más exactamente contra él, una actitud neurótica.

¿Cuáles son las causas de esta actitud? Se podrían enumerar algunas: el materialismo reinante, el utilitarismo (el dolor es inútil, solemos oír) el hedonismo -que nos enseña a buscar sólo y a todas horas el mayor placer- la falta de fe -que nos lleva a recortar los horizontes del más allá y encerrarnos, con el poeta latino Horacio,

¹⁰ Cfr. *Evangelio de S. Lucas 23, 46*.

¹¹ Cfr. *Libro de Job, 1, 21*.

entre las asfixiantes paredes del tiempo y del espacio: “¡Comamos y bebamos que mañana moriremos!”.

Es curiosa pero cierta la siguiente observación: *cuanto más negativa es la propia actitud frente al dolor, cuanto más uno le tema y le huya, tanto más sentirá sus efectos en la propia carne y en el espíritu.*

Tampoco se trata de buscar el dolor. No faltaron ascetas medioevales que buscaron el dolor impulsados, prácticamente, por una tendencia masoquista.

Jesús, ciertamente, nunca buscó el dolor, más bien pidió y oró diciendo: “Padre, si es posible, aparta de mi este cáliz” -con lo cual aludía claramente a su pasión¹².

Damos algunas orientaciones que podrán ser de utilidad para hacer más llevadero el dolor.

Ante todo, no sobra recordar que el dolor y el sufrimiento en el mundo siguen siendo los obstáculos más fuertes para creer en Dios. Con todo, conviene recordar una enseñanza fundamental de nuestra fe cristiana: *Dios no es autor del mal*. Dios no está enviando males aquí y allá, ni está asignando castigos con diversos tipos de desgracias y dolores, ¡jamás! La enseñanza principal de la Biblia se condensa en hacernos ver, de la primera a la última página, que Dios no sólo no es autor del mal, sino que nos enseña a convertirlo en bien, creyendo en su amor.

Existe, eso sí, una especie de justicia natural. Si usted fuma, no le vaya a echar la culpa a Dios cuando el médico le diagnostique un cáncer o un efisema pulmonar. Si se excede en el consumo de alcohol, no diga que Dios le envió la muerte, si muere de cirrosis. Y así por el estilo.

Uno puede estar seguro de la presencia y de la ayuda de Dios-Padre si cree en él. Para el ateo práctico, aquel que sin negarlo de palabra, o aun siendo católico, vive como si no existiera Dios, porque piensa más en el dinero, en el sexo y en la ciencia que en él, no es raro que Dios no esté presente en ninguna parte. ¡Para el ciego no existe la luz!

Es un hecho: todo dolor se hace llevadero, si, no pudiendo vencerlo por medio de

¹² Cfr. *Evangelio de S. Marcos 14, 36.*

la ciencia, nos unimos a Cristo y nos ponemos en las manos de Dios.

20. ¿Cómo morir hoy?

Lo que acabamos de decir, no se puede reducir a una serie de lecciones, con la que, a modo de cartilla, aprendamos externamente a sufrir, cuando nos llegue la hora de morir.

En este sentido literal y exterior, no se puede enseñar a morir. Sería algo ridículo y superficial. Nadie ha muerto, entre otras cosas, y ha regresado al mundo para que nos enseñe a morir.

El asunto es más serio y profundo. Aprender a morir, hoy como ayer, tiene que partir, ante todo, de un continuo y creciente acto de fe. La preparación para la muerte debe ser diaria, sin masoquismos, con sencillez. Se trata de crear una disposición, un hábito singular para que la muerte no nos coja de sorpresa, así muramos lentamente después de días o meses de enfermedad. Si no hay preparación, nos caerá de sorpresa. Si la hay, no se puede llamar repentina, así muramos de infarto o accidente mortal.

De paso, películas de ciencia ficción, como, *La vida más allá de la vida* o de la muerte. *La línea Mortal* y otras por el estilo, no tienen que ver con la muerte cristiana, porque fuera de pertenecer al género ciencia-ficción, o de ser relatos verdaderos de personas que casi murieron, y que se limitan a contar sus experiencias psicológicas de un túnel y una luz,... se quedan en el *más acá* de la muerte y en particular, se quedan en su dimensión sensible, imaginaria o psicológica. Nadie, ni el mismo Cristo, ha vuelto de la muerte para contarnos realmente su experiencia del más allá. La muerte cristiana se da en un plano completamente diferente del de la ciencia ficción y del de la imaginación.

Volvamos a preguntar: ¿cómo morir hoy? Partiendo de la fe en Jesús, presente en nosotros por el bautismo, procuremos desde ahora que estamos lúcidos y dispuestos a morir, procuremos ponernos en las manos de Dios. Aprovechemos las *muerres diarias*, vale decir, todo aquello que nos va matando y reduciendo a la nada, en cualquier nivel o dimensión de nuestro vivir, (biológico, psicológico, afectivo, material, espiritual o moral); aprovechemos esas pequeñas muertes -o mortificaciones- para ir practicando la fe, durante las ausencias y silencios de Dios.

Vayámonos acostumbrando a interpretar el mal -cualquier mal es símbolo de la muerte, y a la vez, muerte parcial- no como causado por Dios, -no sería Dios-, sino como una ocasión para transformar, mediante la fe, ese mal en bien, esa muerte temporal en vida eterna.

21. Jesús, autor y consumidor de nuestra fe

Jesús ciertamente murió, pero no volvió a esta vida ni asumió, de nuevo, en la otra, su vida biológica anterior. Jesús una vez murió, resucitó, lo cual quiere decir, que pasó a Dios, su Padre, pasó al más allá, no temporal ni espacial, sino pasó a vivir la vida de Dios en plenitud, de cuya abundancia participaron los apóstoles en lo que llamaron las *apariciones* o nueva forma de presencia de Jesús ya glorioso y resucitado. Nueva porque ya su nueva vida no podía ser captada con los sentidos, sino con la fe. Por algo dijo al incrédulo Tomas: *¡Bienaventurados los que sin ver creyeron!*¹³.

Ya glorificado, Jesucristo se convierte en el fundamento de nuestra fe, esa fe que nos es necesaria para vivir, y sobre todo, para ir muriendo poco a poco. Tal fe debe llegar a su perfección y consumación, ya que se nos invita a progresar. La vida se encarga de poner a prueba nuestra fe, y tales pruebas, una vez superadas, perfeccionan nuestra fe.

¹³ Cfr. *Evangelio de S. Juan*, 20, 29.